



Bolaño Amancio

“Las dos vidas metafóricas de don Quijote”

p. 87-98

Conciencia y autenticidad históricas

Escritos en homenaje a Edmundo O' Gorman

Juan Antonio Ortega y Medina (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Filosofía y Letras

1968

436 p.

Figuras

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/114/conciencia_autenticidad.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Amancio Bolaño **LAS DOS VIDAS METAFÓRICAS
DE DON QUIJOTE**

Un tipo de realidad es la buscada o esperada al preguntar ¿qué es eso? Si la respuesta es correcta, entonces aparecerá ante nosotros un objeto quieto limitado y definible: la luz es tal y tal; esta caja contiene tantos kilos de lo que sea. Mas hay otro tipo de realidad hacia la cual apunta el idioma español, con una pregunta sin igual en otras lenguas: “¿qué le pasa a fulano?” o “¿qué le pasa a usted?” o “¿qué me pasa a mí?” La acción de pasar algo sin pausa a través del interior del hombre obligado a pasar del ahora al después. Eso, que se mueve en nosotros, se llama *la vida*. Y para quien no sea filósofo metafísico, la vida se nota y se deja captar empíricamente como algo que está pasando, mas bien que como algo que *es*.¹

Sirvan de introducción a “Las dos vidas metafóricas de don Quijote” estas palabras del sabio maestro Américo Castro, porque ellas son, en efecto, perfectamente definitivas de esa realidad cambiante y metafórica del inmortal loco manchego.

Porque la vida de don Quijote tiene una realidad definible, aunque difícil, dentro del común denominador de la realidad humana. Una realidad metafórica que no por ser metafórica, es por ello menos real, tan real como cualquier otra vida humana. Una vida que no puede definirse contestando a lo “¿qué es eso?” sino a lo “¿qué le pasa a don Quijote?” Porque a don Quijote le pasa algo distinto de lo que pasa a otras vidas que no poseen la voluntad de ser, como la que tiene nuestro caballero.

I

“En un lugar de la Mancha *de cuyo nombre no quiero acordarme*, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en

¹ A. Castro: Prólogo a la 1a. edición del *Quijote* de la colección “Sepan cuantos...” Ed. Porrúa, México, 1960.



88 *Amancio Bolaño*

astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor” (I, 1). He aquí el personaje cuya vida nos interesa presentado como alguien que tiene un peculiar modo de vivir, del que se puede preguntar ¿quién es este hombre?, a cuya pregunta podemos contestar sin esfuerzo imaginativo alguno.

Pero este señor

los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer *libros de caballería* con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballería en que leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos... (I, 1).

Y aquí comienza el don Quijote metafórico, es decir, el don Quijote del cual puede preguntarse ¿qué le pasa a este señor? ¿Qué le ha ocurrido a nuestro personaje para que todos nos hagamos la misma pregunta?. Sencillamente lo que ocurre es que el personaje primitivo que Cervantes, su creador, nos ha presentado como hombre pacífico, viviendo de su magra hacienda, ha recibido una “incitación” poderosa que le “saca de sus casillas”. Ha empezado a leer libros de caballería que le hacen perder el juicio porque tiene que desvelarse para entender las intrincadas razones de los mismos: “la razón de la sinrazón que a mi razón se hace de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura” (I, 1).

Y éste es el momento de hacernos la pregunta: ¿qué le pasa a don Quijote? Y lo que le pasa es eso: que don Quijote se ha salido de la realidad primera, de aquella realidad que podría conocerse con simplemente contestar; ¿quién es ese señor? y ha pasado a una segunda realidad en la que va a vivir mientras dure en él la poderosa “incitación” que le arrastra y le hace actuar dentro de una segunda realidad que ya no puede conocerse sino es preguntando ¿qué le pasa a este señor?, esto es, la realidad metafórica.

¿Y por qué esta realidad metafórica? Porque aquel tranquilo señor español de finales del siglo XVI, amigo de la caza y de vivir en pleno contacto con la naturaleza, se ha empeñado en convertirse en caballero medieval, en un personaje gótico que no puede vivir ya en una realidad inexistente, sin transformar esa realidad pasada de moda en algo metafórico que le permita seguir actuando, pero ya no como personaje renacentista o mejor, como personaje español del siglo XVII, sino como personaje medieval, dado de lleno a la actuación caballerescas:



Entonces es claro que al cambiar su vida tendrá que cambiar el escenario en que ha de actuar, esto es la realidad circundante, la circunstancia que ha de alterar su “yo” específico en el mundo. Al soñarse caballero andante, con la voluntad de actuar como tal, ha matado en sí mismo al caballero español de la época para convertirse en un personaje de creación poética y como tal, viviendo una vida metafórica, única vida que puede vivir un personaje de creación.

He aquí el motivo por el cual se ha dado en llamar loco a don Quijote. Este buen señor que no quiere vivir la vida que le ha tocado vivir, sino otra aprendida en los libros de caballería, dotado de una voluntad férrea para vivir esta nueva vida, hecha más de su gusto que la circundante realidad que le atosiga. ¿Loco? Hoy somos más eufemísticos y no llamamos locos a tales hombres, sino que decimos de ellos simplemente: “Tal señor vive fuera de la realidad”; esto decimos y nada más. Bien es verdad que no todos los que viven fuera de la realidad circundante y circunstancial tienen la voluntad que tuvo don Quijote de vivir su vida metafórica. Simplemente por querer ser vehementemente caballero andante es por lo que le llamamos loco y, a veces, lo parece.

Don Quijote no ataca a los molinos de viento porque sean molinos, si así fuera podríamos llamarlo justamente loco. Pero este señor que está ya viviendo una vida plenamente metafórica, ha metaforizado antes los molinos y los ha convertido en gigantes. Ahora bien, atacar a gigantes está ya dentro de las posibilidades de un andante caballero. Así, pues, no está loco don Quijote, sino, viviendo un vida metaforizada, metaforizado él, y metaforizada la realidad que le circunscribe.

En los tres primeros capítulos de su vida se verifican estas transformaciones, transmutaciones, transustanciaciones, metaforizaciones en una palabra. Analicémoslos:

En el primero se nos presenta a don Quijote inmerso en la realidad de su época y en una situación económica determinada que era la propia de hidalgos como él; pero una de aquellas noches que “se pasaba de claro en claro” sucede el milagro de la transustanciación:

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina, de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo... En efecto rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo



90 *Amancio Bolaño*

y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama (I, 2).

He aquí al inmortal caballero transformado en un ser metafórico, viviendo una vida metafórica. Ya no cabe dentro de aquellas coordinadas situaciones en las que le conocimos y en las que se podría contestar a la pregunta ¿Quién es don Quijote? Con la respuesta: un fulano de tal llamado Quijada o Quesada o Quejana. No importa cuál sea el nombre, puesto que su vida iba a desarrollarse sin matices y desenvolverse dentro de un módulo ya hecho, preciso y determinado, en el que moraban todos los hidalgos de la época, nacidos en su propia tierra. Pero ahora, cuando “limpias sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo . . .” “busca” cómo llamar a su dama con nombre “que no desdijera mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, convirtiéndola en *Dulcinea del Toboso*, nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto” (I, 1).

Nos hallamos, pues, ya ante don Quijote, el personaje de vida metafórica más perfecta que se haya jamás paseado por los indecisos y fulgurantes mundos de la poesía, como prototipo universal de quienes hayan podido vivir tan alucinante vida.

II

En el capítulo segundo se metaforiza el escenario en que van a desarrollarse o desenvolverse las actividades de este personaje metafórico, y sucedió así:

. . . lo que yo he podido averiguar en este caso y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que, mirando a todas partes por ver si se descubría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose prisa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía (I, 2).



Poco a poco se va metaforizando la circunstancia, pues un personaje poético como lo es don Quijote no puede vivir ni actuar sino rodeado de una circunstancia poética, y así continúa:

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas destas que llaman *del partido* . . . luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan . . . Y vio a las distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida . . . (I, 2).

Es para nosotros de suma importancia este segundo capítulo que llamamos de las transmutaciones, sin él sería imposible comprender los múltiples y variados episodios de la novela inmortal. Toda la actuación de don Quijote sería imposible de entender sin esta metaforización de la circunstancia, aun cuando el personaje se hubiera metaforizado.

Nada hay que se escape a esta transustanciación. Cuando las “damas” le ven llegar “de aquella suerte armado y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta, pero don Quijote, . . . alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: “—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, quanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran” (I, 2). Hasta el lenguaje se pone a tono con este “algo le pasa a don Quijote”. El personaje gótico en que se ha transformado el héroe debe hablar un lenguaje gótico también como lo es éste de los siglos góticos de nuestra literatura.

Se presenta en escena el ventero, gordo y pacífico, características que, al parecer, andan siempre juntas, y al punto queda transformado en el alcaide de la fortaleza que dice a don Quijote: “Si vuestra merced, señor caballero busca posada, amén de lecho (porque en esta posada no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundacia.” Para mí —señor castellano—, cualquier cosa basta, porque

Mis arreos son las armas
mi descanso el pelear (I, 2).



92 *Amancio Bolaño*

Es decir la metaforización del ventero va acompañada de la del lenguaje que pertenece al romancero medieval.

Y no queda ahí la cosa, hay que metofozizar todos los sentidos:

Pusieronle la mesa a la puerta de la venta por el fresco, y trájole el huésped una porción de mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y mugriento como su armas... Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música y que el abadejo eran truchas; el pan, candeal; y las rameras, damas; y el ventero, castellano del castillo (I, 2).

Todos los sentidos han experimentado la transformación necesaria para la nueva vida que va a vivir el héroe. “Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería” (1, 2).

En efecto hay que armarle caballero y hasta el rito va a metaforizarse. El rito o norma que regularía la vida del nuevo ser se verifica en el capítulo III.

III

... Llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano (I, 3).

Don Quijote se ha revestido de la personalidad y carácter de caballero andante y todas sus actuaciones responden ya a dicha personalidad.

Y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado (I, 3).

Como se ve, tan a pecho ha tomado don Quijote los menesteres de su nueva personalidad que hasta el ritual con que se



armaba a los caballeros, debe ser respetado por él para ponerse en camino de realizar las mismas hazafias de los andantes caballeros. Para nosotros, que estamos en el secreto, es una parodia ridícula e hilarante, pero no para él —no porque esté loco, sino porque todo lo otea desde la alta cima de su nueva persona metaforizada.

Ahora sí puede don Quijote llevar a cabo aventuras, increíbles para nosotros que volamos a ras de tierra, sin comprender las elucubraciones de la altísima poesía, pero no para él, poeta incomparable, que cuanto toca lo convierte en metáfora delirante.

Y ahora pasemos a su segunda vida metafórica, tan distinta de la primera, relatada toda ella en la segunda parte del Quijote. Tan clara como la primera se nos presenta esta nueva vida con sólo cambiar de nuevo circunstancia y rito. Veámoslo.

IV

Así como considero fundamental para la comprensión del Quijote el conocimiento de los términos en que se desarrolla el capítulo segundo de la primera parte, así me parece indispensable también la correcta interpretación del décimo de la segunda, para llegar al conocimiento de la segunda vida metafórica de don Quijote.

Llegando el autor desta grande historia a contar lo que en este capítulo se cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído... Finalmente aunque con este miedo y recelo (de no ser creído) la escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad... (II, 10).

Efectivamente, todo lo que en el capítulo se narra es verdad, una “verdad adelgazada” es decir, sin lastre de realidad material sino simplemente poética, metafórica, universal. Tan metafórica como la ya estudiada, pero llegando a la metáfora por procedimientos opuestos. Aquello era metáfora creada por el poeta mismo, ésta es impuesta por la realidad circundante. Pero inserto en la metáfora vivirá don Quijote lo que le resta de vida, es decir, toda la segunda parte.

El hecho acaeció de esta manera:

Así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad, y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su



94 *Amancio Bolaño*

señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acontecimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera (II, 2).

Es pues, Sancho el creador de esta segunda vida metafórica. Dulcinea era la realidad impalpable, el amor presente siempre, y siempre invisible al cual se brindaba una realidad llena de acciones increíbles, ejecutadas no en busca de fama y gloria, sino para ofrecérselas a fin de obtener su complacencia y contemplación benevolente, para hacerla descender a una realidad presente a ella en cuyo obsequio había don Quijote metaforizado su vida entera.

Aquí es Sancho el creador de la metáfora; por eso debe recibir sobre sus espaldas los incontables azotes que devolverán a Dulcinea a una realidad visible y aceptable. Veamos cómo se realiza el hecho:

Apenas separado de su amo y viendo que don Quijote no parecía, se apeó del jumento y sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mismo y a decirse: Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced; ¿va a buscar algún jumento que se le haya perdido? —No por cierto— Pues ¿qué va a buscar? —Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. —Y adónde pensáis hallar eso que decís Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso... etcétera.

Este soliloquio lo continúa Sancho de la siguiente manera:

Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabarse la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: “dime con quien andas, decirte he quien eres”, y el otro de “no con quien naces, sino con quien paces”. Siendo, pues, loco, como lo es y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otros muchas cosas a este tono, no será muy difícil



hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tomaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito venga lo que viniere (II, 10).

Como se ve, Sancho se cree ya capacitado para hacer las mismas transformaciones que su amo, no en vano ha presenciado las mil metaforizaciones por él vividas para adaptarse a las mil realidades metaforizadas que su “incitación” había creado en torno suyo, en su circunstancia. Sancho confiesa que está tan loco como su amo: “no con quien naces, sino con quien paces”. Él no ha experimentado en su vida la “incitación” que movió a don Quijote a metaforizar la suya, ni sabe que eso sea “incitación” y no locura, pero ha aprendido cómo se verifican tales procesos y ahora va a ensayar su método con el mismo don Quijote que se halla todavía en trance de recibir tales “incitaciones”. Y aquí empieza la segunda vida metafórica de don Quijote, no la creada por él vitalmente, es decir, como proceso de vida incitada, sino la que todos los que van a rodearle, en la segunda parte, le harán vivir, hasta agotar todas las posibilidades o por lo menos, hasta llevarle a un adelgazamiento sutil de todas las posibilidades.

—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, o con negra? —Mejor será— respondió Sancho— que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. —De ese modo— replicó don Quijote— buenas nuevas traes. —Tan buenas respondió Sancho— que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos, doncellas suyas, viene a ver a vuesa merced (II, 10).

Claro que el proceso no es tan fácil, porque lo ontológicamente vital de un ser metaforizado, no es lo vivido por un ser metafórico, sino algo que al ser metafórico se le hace vivir. En la primera parte el proceso es vivo, va de dentro a fuera; aquí el proceso no se vitaliza, se mecaniza, podríamos decir, que va de fuera a dentro. De ahí la extrañeza de don Quijote. Él no se engañaba cuando hacía de los molinos gigantes; pero aquí sí teme que le engañen.

—Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? —dijo don Quijote—. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías, alegrar mis tristezas.



—¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced —respondió Sancho— y más estando tan cerca de descubrir *mi* verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa nuestra ama vestida y adornada; en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubías, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos de sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver (II, 10).

Tiene tanta fuerza ese *mi verdad* que no está dicho, desde luego, impensadamente. Es la verdad de Sancho, dicha cuando también él, y sin pensarlo, se está metaforizando y creando su propia verdad que quiere infundir en don Quijote, después que don Quijote tantas veces había injertado la suya en Sancho que se mataba por comprenderla.

—*Hacaneas* querrás decir Sancho.

—Poca diferencia hay —respondió Sancho— de *cananeas* a *hacaneas*; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que *pasma los sentidos*.

La metaforización está hecha con todas las de la ley. Hay pasmos de sentidos, como Sancho se pasmaba cuando don Quijote le comunicaba *su verdad* sobre la realidad circundante.

Claro está que el cambio de una vida real a una vida metafórica no es tan fácil sobre todo cuando se ha perdido la fe que sublima una vida:

—Yo no veo, Sancho —dijo don Quijote—, sino a tres labradoras sobre tres borricos. —¡Agora me libre Dios del diablo! —respondió Sancho—; ¿y es posible que tres hacaneas, o como se llamen, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad! —Pues yo te digo, Sancho amigo, —dijo don Quijote—, que es tan verdad que son borricos o borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza, a lo menos a mí tales me *parecen*.

El ser y el parecer son dos sentidos de realidad fundamentales en el *Quijote*. Las cosas son o parecen ser, y este *parecer ser* es precisamente la base o fundamento para la metaforización de vidas y realidades: “Lo que yo veo y columbro no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la ca-



beza una cosa que relumbra —Pues ése es el yelmo de Mambriño— dijo don Quijote” (I, 21). Una cosa que relumbre es para Sancho eso, nada más. Para don Quijote, situado en su alta posición metaforizada es el yelmo de Mambriño, porque tiene de común con él la virtud de relumbrar, sólo en el relumbrar se parece al yelmo, pero eso basta para que el ilusionado caballero convierta la bacía de “Azófar” en el yelmo de Mambriño.

Pero volvamos al capítulo décimo de la segunda parte que estábamos comentando y en el cual se halla la razón de ser del don Quijote del desaliento y, por consiguiente, el fundamento o comienzo de toda la actuación metafórica, de toda la realización vital del don Quijote de la segunda parte.

—Calle, señor —dijo Sancho—; no diga la tal palabra, sino des-pabile esos ojos, y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos que ya llega cerca. Y diciendo esto, se adelantó a recibir a las tres aldeanas y apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo dijo: —Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro . . . (II, 10), etcétera.

Está claro que aquí la “incitación” viene de Sancho y no de la lectura de los libros de caballería que le arrastraron a llevar la vida de caballero andante. Aquélla fue la verdadera vida de don Quijote, vida joyante y sin tregua, cuajada de altas empresas y elevados propósitos. Ésta es la segunda y falsa vida que el caballero va a vivir, metaforizada sí; pero desilusionada y triste, vida de desengaños y desalientos dolorosos.

Levántate, Sancho, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio de este afligido corazón que te adora! ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío me lo ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora (II, 10).



98 *Amancio Bolaño*

Está claro el propósito y más clara la idea. Creo que no podemos llamar a esto metáfora *reversible* que tiene función de estilo en la generación barroca, pero sí a la *inversa* que, aunque parezca que tiene el mismo significado, no lo tiene en función de estilo o de escuela.

En la primera parte, la metáfora la crea don Quijote viviendo en función de la misma. Las ramerías son convertidas en doncellas y en función de esa metáfora las trata y para ellas vive. Aquí la metáfora la crea Sancho, tratando de hacer vivir en ella a don Quijote, pero una vida forzada y, como tal, dolorosa y deprimente. Allí empieza a vivir el caballero la vida que ama y a la que le arrastran sus impulsos vitales; aquí empieza a morir, porque morimos cada día, viviendo una vida que no amamos.